

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

LA REPRESION, LO INCONSCIENTE:

(Vorstellungs-Repräsentanz)

INTRODUCCION

S. FREUD

PSICOANALISIS: FREUD CAT II PROF. TITULAR JUAN CARLOS COSENTINO

FICHA II

1996

LA REPRESION

Puede ser el destino de una moción pulsional chocar con resistencias que quieran hacerla inoperante. Bajo condiciones a cuyo estudio más atento pasaremos enseguida, entra entonces en el estado de la *repression*. Si se tratase del efecto de un estímulo exterior, es evidente que la huida sería el medio apropiado. En el caso de la pulsión, de nada vale la huida, pues el yo no puede escapar de sí mismo. Más tarde, en algún momento, se encontrará en el rechazo (*Verwerfung*) por el juicio (juicio adverso) un buen recurso contra la moción pulsional. Una etapa previa al juicio adverso, una cosa intermedia entre la huida y el juicio adverso, es la *repression*, cuyo concepto no podía establecerse en el período anterior a los estudios psicoanalíticos.

La posibilidad de una *repression* no es fácil de deducir en la teoría. ¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino? Para ello, evidentemente, debe llenarse la condición de que el logro de la meta pulsional depare displacer en lugar de placer. Pero este caso no se concibe bien. Pulsiones así no existen, una satisfacción pulsional es siempre placentera. Deberían suponerse constelaciones particulares, algún proceso por el cual el placer de satisfacción se mudara en displacer.

Para deslindar mejor la *repression* podemos traer al debate algunas otras situaciones pulsionales. Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y de incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como *dolor*. Ahora bien, la meta de esta pseudo-pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y del displacer que conlleva. Otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica.

Pero el ejemplo del dolor es muy poco transparente para que sirva de algo a nuestro propósito. Tomemos el caso en que un estímulo pulsional como el hambre permanece insatisfecho. Entonces se vuelve imperativo, únicamente la acción de satisfacción puede aplacarlo, y mantiene una continuada tensión de necesidad. Pero en todo esto no asoma nada parecido a una *repression*.

Por consiguiente, el caso de la *repression* no está dado cuando la tensión provocada por la insatisfacción de una moción pulsional se hace insoportablemente grande. Los medios de que el organismo dispone para defenderse contra esa situación han de elucidarse en otro orden de consideraciones.

Atengámonos preferentemente a la experiencia clínica tal como nos la brinda la práctica psicoanalítica. Aprendemos entonces que la satisfacción de la pulsión sometida a la *repression* sería sin duda posible y siempre placentera en sí misma, pero sería inconciliable con otras exigencias y designios. Por tanto, produciría placer en un lugar y displacer en otro. Tenemos, así, que la condición para la *repression* es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción. Además, la experiencia psicoanalítica en las neurosis de transferencia nos impone esta conclusión: la *repression* no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad consciente y actividad inconsciente del alma, y *su esencia consiste en rechazar*

(*Abweisung*) algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella. Este modo de concebir la represión se complementaría con un supuesto, a saber, que antes de esa etapa de la organización del alma los otros destinos de pulsión, como la mudanza hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia, tenían a su exclusivo cargo la tarea de la defensa contra las mociones pulsionales.

Ahora caemos en la cuenta de que represión e inconsciente son correlativos en tan grande medida que debemos posponer la profundización en la esencia de la primera hasta saber más sobre la composición del itinerario de instancias psíquicas y sobre la diferenciación entre inconsciente y consciente. Antes de ello no podemos hacer más que resumir de un modo puramente descriptivo algunos caracteres de la represión que conocemos por la experiencia clínica, y ello a riesgo de repetir tal cual mucho de lo ya dicho en otros lugares.

Pues bien; tenemos razones para suponer una *represión primordial* (*Urverdrängung*), una primera fase de la represión que consiste en que al representante psíquico (representante de la representación) de la pulsión¹ se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una *fijación*; a partir de ese momento el representante (*Repräsentanz*) en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a él. Esto acontece a consecuencia de las propiedades de los procesos inconscientes, que hemos de considerar después.

La segunda etapa de la represión, *la represión propiamente dicha*, recae sobre retoños psíquicos del representante reprimido o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con él. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial. La represión propiamente dicha es entonces una post-represión (*Nachdrängen*). Por lo demás, se comete un error cuando se destaca con exclusividad la repulsión que se ejerce desde lo consciente sobre lo que ha de reprimirse. En igual medida debe tenerse en cuenta la atracción (*Anziehung*) que lo reprimido primordial ejerce sobre todo aquello con lo cual puede ponerse en conexión. Probablemente, la tendencia a la represión no alcanzaría su propósito si estas fuerzas (atracción y repulsión) no cooperasen, si no existiese algo reprimido desde antes, presto a recoger lo repelido por lo consciente.

Bajo la influencia del estudio de las psiconeurosis, que pone ante nuestros ojos efectos sustanciales de la represión, tendemos a sobrestimar su contenido psicológico y con facilidad olvidamos que la represión no impide al representante de pulsión (*die Trieb repräsentanz*) seguir existiendo en lo inconsciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones. En realidad, la represión sólo perturba el vínculo con un sistema psíquico: el de lo consciente.

Empero, con respecto a lo que es sustancial para comprender los efectos de la represión en las psiconeurosis, el psicoanálisis puede mostrarnos algo más. Por ejemplo: el representante de pulsión se desarrolla con mayor riqueza y menores interferencias cuando la represión lo sustrajo del influjo consciente. Prolifera, por así decir, en las sombras y encuentra formas extremas de expresión que, si le son traducidas y presentadas al neurótico, no sólo tienen que parecerle ajenas, sino que lo atemorizan provocándole el espejismo de que poseerían una intensidad pulsional extraordinaria y peligrosa. Esta ilusoria intensidad pulsional es el resultado de un

¹ *der psychischen (Vorstellungs-) Repräsentanz des Triebes.*

despliegue desinhibido en la fantasía y de la sobreestasis (*Aufstauung*) producto de una satisfacción denegada (*versagter*). Esta última consecuencia se anuda a la represión, lo cual nos señala el rumbo en que hemos de buscar la genuina sustancialidad (*Bedeutung*) de esta.

Pero si ahora nos volvemos al aspecto contrario, comprobamos que ni siquiera es cierto que la represión mantenga apartados de lo conciente a todos los retoños de lo reprimido primordial. Si estos se han distanciado lo suficiente del representante reprimido (*der verdrängter Repräsentanz*), sea por las transposiciones (*Entstellung*) que adoptaron o por el número de eslabones intermedios que se intercalaron, tienen, sin más, expedito el acceso a lo conciente. Es como si la resistencia que lo conciente les opone fuese una función de su distanciamiento respecto de lo originariamente reprimido. Cuando practicamos la técnica psicoanalítica, invitamos de continuo al paciente a producir esos retoños de lo reprimido, que, a consecuencia de su distanciamiento o de su transposición, pueden salvar la censura de lo conciente. No otra cosa son las ocurrencias que le pedimos previa renuncia, por su parte, a toda representación-meta conciente y a toda crítica, y desde las cuales restablecemos una traducción conciente del representante reprimido. Entonces observamos que el paciente puede devanar una serie de ocurrencias de esa índole hasta que tropieza en su decurso con una formación de pensamiento en que el vínculo con lo reprimido se hace sentir tan intensamente que se ve forzado a repetir su intento de represión. También los síntomas neuróticos tienen que haber llenado esa condición (el distanciamiento), pues son retoños de lo reprimido, que, por intermedio de estas formaciones (los síntomas), han terminado por conquistarse su denegado acceso a la conciencia.

¿Hasta dónde tiene que llegar la transposición y el distanciamiento respecto de lo reprimido? Es algo que no podemos indicar en general. Ahí opera un fino sopesamiento cuyo juego se nos oculta; empero, las modalidades de su acción eficaz nos hacen colegir que se trata de detenerse antes que se llegue a determinada intensidad en la investidura de lo inconsciente, rebasada la cual lo inconsciente irrumpiría hacia la satisfacción. La represión trabaja, entonces, de manera *en alto grado individual*; cada uno de los retoños de lo reprimido puede tener su destino particular; un poco más o un poco menos de transposición cambian radicalmente el resultado. Dentro de este orden de consideraciones, se comprende también que los objetos predilectos de los hombres, sus ideales, provengan de las mismas percepciones y vivencias que los más aborrecidos por ellos, y en el origen se distingan unos de otros sólo por ínfimas modificaciones. Y aun puede ocurrir, según hallamos en la génesis del fetiche, que el originario representante de pulsión se haya descompuesto en dos fragmentos; de ellos, uno sufrió la represión, al paso que el restante, precisamente a causa de ese íntimo enlace, experimentó el destino de la idealización.

Lo mismo que se consigue con un más o un menos de transposición puede alcanzarse, por así decir en el otro extremo del aparato, mediante una modificación en las condiciones de producción de placer-displacer. Existen técnicas particulares creadas con el propósito de provocar alteraciones tales en el juego de las fuerzas psíquicas que lo mismo que de otro modo produciría displacer pueda por una vez resultar placentero; y tan pronto como uno de estos medios técnicos entra en acción, queda cancelada la represión de un representante de pulsión que de otro modo sería rechazado. Esas técnicas sólo se han estudiado hasta ahora con precisión respecto del

chiste. Por regla general, la cancelación de la represión es sólo provisional; enseguida se restablece.

Ahora bien, experiencias de esta índole bastan para hacernos notar otros caracteres de la represión. Ella no sólo es, como acabamos de consignarlo, *individual*, sino en alto grado *móvil*. No tenemos que imaginarnos el proceso de la represión como un acontecer que se consumaría de una vez y tendría un resultado perdurable, como si aplastáramos algo vivo que de ahí en más quedara muerto. No, sino que la represión exige un gasto de fuerza constante; si cesara, peligraría su resultado haciéndose necesario un nuevo acto represivo. Podemos imaginarlo así: lo reprimido ejerce una presión (*Druck*) continua en dirección a lo conciente, a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por medio de una contrapresión (*Gegendruck*) incesante. El mantenimiento de una represión supone, por tanto, un dispendio continuo de fuerza, y en términos económicos su cancelación implicaría un ahorro. Por otra parte, la movilidad de la represión encuentra expresión en los caracteres psíquicos del estado del dormir, el único que posibilita la formación del sueño. Con el despertar, las investiduras de represión recogidas se emiten de nuevo.

Por último, no es lícito olvidar que es muy poco lo que enunciamos acerca de una moción pulsional cuando afirmamos que está reprimida. Es que, sin perjuicio de su represión, puede encontrarse en muy diversos estados: puede estar inactiva, es decir, escasamente investida con energía psíquica, o investida en grados variables y así habilitada para la actividad. Su activación no tendrá, por cierto, la consecuencia de cancelar directamente la represión, sino que pondrá en movimiento todos los procesos que se cierran con la irrupción en la conciencia a través de rodeos. En el caso de los retoños no reprimidos de lo inconsciente, la medida de la activación o investidura suele decidir el destino de cada representación (*Vorstellung*) singular. Es un hecho cotidiano que un retoño así permanezca no reprimido mientras es representante (*repräsentiert*) de una energía baja, aunque su contenido sería idóneo para provocar un conflicto con lo que impera en lo conciente. Es que el factor cuantitativo resulta decisivo para el conflicto; tan pronto como esa representación en el fondo chocante se refuerza por encima de cierto grado, el conflicto deviene actual y precisamente la activación conlleva la represión. Por tanto, en materia de represión, un aumento de la investidura energética actúa en el mismo sentido que el acercamiento a lo inconsciente, y una disminución, en el mismo que el distanciamiento respecto de lo inconsciente o que una transposición. Comprendemos así que las tendencias represoras puedan encontrar en el debilitamiento de lo desagradable un sustituto de su represión.

En las elucidaciones anteriores consideramos la represión de un representante (*Repräsentanz*) de pulsión, entendiéndolo por aquel a una representación (*Vorstellung*) o un grupo de representaciones (*Vorstellungsgruppe*) investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés). Ahora bien, la observación clínica nos constriñe a descomponer lo que hasta aquí concebimos como unitario, pues nos muestra que junto a la representación (*Vorstellung*) interviene algo diverso, algo que representa (*repräsentiert*)² a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación. Para ese otro elemento del representante psíquico ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*; corresponde a la pulsión en la medida en que ésta se ha desasido de

² *Repräsentieren*: representar.

la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. Desde ahora, cuando describamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha hecho de la representación, por un lado, y de la energía pulsional que adhiere a esta, por el otro.

Nos gustaría enunciar algo general sobre estos dos diversos destinos. Podremos hacerlo después de orientarnos un poco. El destino general de la *representación* representante de la pulsión (*den Trieb repräsentierenden Vorstellung*) difícilmente pueda ser otro que este: desaparecer de lo consciente si antes fue consciente, o seguir coartada de la conciencia si estaba en vías de devenir consciente. La diferencia es desdeñable; da lo mismo, por ejemplo, que yo despache de mi salón o de mi vestíbulo a un huésped desagradable, o que después de individualizarlo no le deje pisar el umbral de mi casa. El factor *cuantitativo* del representante de pulsión tiene tres destinos posibles, como nos lo enseña una ojeada panorámica a las experiencias que nos ha brindado el psicoanálisis: la pulsión es suprimida (*unterdrückt*)³ por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia. Las dos últimas posibilidades nos ponen frente a la tarea de discernir como un nuevo destino de pulsión la *transposición* (*Umsetzung*) de las energías psíquicas de las *pulsiones* en *afectos* y, muy particularmente, en *angustia*.

Recordemos que la represión no tenía otro motivo ni propósito que evitar el displacer. De ahí se sigue que el destino del monto de afecto del representante importa mucho más que el destino de la representación. Por tanto, es el decisivo para nuestro juicio sobre el proceso represivo. Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia, ello nos autoriza a decir que ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en el otro componente, la representación. Desde luego, la represión fracasada tendrá más títulos para nuestro interés que la lograda de algún modo, pues esta casi siempre se sustraerá de nuestro estudio.

Ahora queremos inteligir el *mecanismo* del proceso represivo y saber, sobre todo, si hay un mecanismo único de la represión o varios, y si cada psiconeurosis acaso se singulariza por un mecanismo represivo propio. Al empezar esta indagación tropezamos, empero, con complicaciones. El mecanismo de la represión sólo nos es asequible cuando podemos inferirlo retrospectivamente desde los resultados de ella. Si circunscribimos la observación a los resultados que afectan a la parte del representante de la representación (*dem Vorstellungsanteil der Repräsentanz*), advertimos que la represión constituida crea, por regla general, una *formación sustitutiva*. Ahora bien, ¿cuál es el mecanismo de una formación sustitutiva de esa índole, o hay que distinguir también aquí varios mecanismos? Sabemos también que la represión deja *síntomas* como secuela. ¿Haremos coincidir formación sustitutiva y formación de síntoma? Y si esto puede aceptarse globalmente, ¿se superponen el mecanismo de la formación de síntoma y el de la represión? Por ahora parece verosímil que ambos divergen, que no es la represión misma la que crea formaciones sustitutivas y síntomas, sino que estos últimos, en cuanto indicios de un *retorno de lo reprimido*, deben su génesis a procesos por completo diversos. Parece recomendable también indagar los mecanismo de la formación sustitutiva y de la formación de síntoma con anterioridad a los de la represión.

³ *Unterdrückt*: "lo caído en el fondo", "lo caído abajo".

Es claro que la especulación ya nada tiene que hacer aquí, y debe relevarla el análisis cuidadoso de los resultados de la represión observables en el caso de las diferentes neurosis. No obstante, tengo que proponer que pospongamos también este trabajo hasta formarnos algunas representaciones confiables sobre el nexo de lo consciente con lo inconsciente. Y con el solo fin de que la presente elucidación no quede del todo infecunda, anticiparé que: 1) el mecanismo de la represión de hecho no coincide con el o los mecanismo de la formación sustitutiva; 2) existen muy diversos mecanismos de la formación sustitutiva, y 3) los mecanismos de la represión tienen al menos algo en común, la *sustracción de la investidura energética* (o *libido*, si tratamos de pulsiones sexuales).

Quiero mostrar también con algunos ejemplos, circunscribiéndome a las tres psiconeurosis más conocidas, el modo en que se aplican al estudio de la represión los conceptos que acabamos de introducir. De la *histeria de angustia* escogeré el ejemplo, bien analizado, de una fobia a los animales. La moción pulsional sometida a la represión es una actitud libidinosa hacia el padre, apareada con la angustia frente a él. Después de la represión, esta moción ha desaparecido de la conciencia y el padre no se presenta en ella como objeto de la libido. Como sustituto se encuentra en posición análoga un animal más o menos apto para ser objeto de angustia. La formación sustitutiva de la parte de la representación (del representante de pulsión) [*des Vorstellungsanteiles (der Trieb repräsentanz)*] se ha establecido por la vía del *desplazamiento* a lo largo de una trabazón regida por cierto determinismo. La parte cuantitativa no ha desaparecido, sino que se ha transpuesto en angustia. El resultado es una angustia frente al lobo en lugar de un requerimiento de amor al padre. Desde luego, las categorías aquí empleadas no bastan para satisfacer los requisitos de una explicación, ni siquiera del caso más simple de psiconeurosis. Todavía tienen que entrar en cuenta otros puntos de vista.

Una represión como la del caso de la fobia a los animales puede definirse como radicalmente fracasada. La obra de la represión consistió solamente en eliminar y sustituir la representación, pero el ahorro de displacer no se consiguió en modo alguno. Por eso el trabajo de la neurosis no descansa, sino que se continúa en un segundo *tempo* para alcanzar su meta más inmediata, más importante. Así llega a la formación de un intento de huida, la *fobia* en el sentido estricto: una cantidad de evitaciones destinadas a excluir el desprendimiento de angustia. En una indagación más específica podemos llegar a comprender los mecanismos por los cuales la fobia alcanza esa meta.

A una apreciación por entero diversa del proceso represivo nos fuerza el cuadro de la genuina *histeria de conversión*. Lo sobresaliente en ella es que consigue hacer desaparecer por completo el monto de afecto. El enfermo exhibe entonces hacia sus síntomas la conducta que Charcot ha llamado "*la belle indifférence des hystériques*". Otras veces esta supresión no se logra tan completa, y una dosis de sensaciones penosas se anuda a los síntomas mismos, o no puede evitarse algún desprendimiento de angustia que, a su vez, pone en acción el mecanismo de formación de una fobia. El contenido de representación del representante de pulsión (*der Vorstellungsinhalt der Trieb repräsentanz*) se ha sustraído radicalmente de la conciencia; como formación sustitutiva -y al mismo tiempo como síntoma- se encuentra una inervación hiperintensa -somática en los casos típicos-, unas veces de naturaleza sensorial y otras de naturaleza motriz, ya sea como excitación o como inhibición. El lugar hiperinervado se revela, a una consideración más atenta, como una porción del

representante de pulsión reprimido que ha atraído hacia sí, por *condensación*, la investidura íntegra. Desde luego, tampoco estas puntualizaciones describen por completo el mecanismo de una histeria de conversión; sobre todo resta agregar el factor de la *regresión*, que debe ser apreciado en otro contexto.

La represión de la histeria (de conversión) puede juzgarse totalmente fracasada en la medida en que sólo se ha vuelto posible mediante unas extensas formaciones sustitutivas; pero con respecto a la finiquitación del monto de afecto, que es la genuina tarea de la represión, por regla general constituye un éxito completo. El proceso represivo de la histeria de conversión se clausura entonces con la formación de síntoma, y no necesita recomenzar en un segundo tiempo -o en verdad proseguir indefinidamente-, como ocurre en el caso de la histeria de angustia.

Un aspecto por entero distinto muestra también la represión en la tercera de las afecciones que veremos con fines comparativos, la *neurosis obsesiva*. Aquí nos asalta al comienzo una duda: ¿Hemos de considerar al representante (*Repräsentanz*) sometido a la represión como una aspiración libidinosa o como una aspiración hostil? Esa incertidumbre se debe a que la neurosis obsesiva descansa en la premisa de una regresión por la cual una aspiración sádica reemplaza a una aspiración tierna. Este impulso hostil hacia una persona amada es el que cae bajo la represión. El efecto es totalmente diverso en una primera fase del trabajo represivo que en una fase posterior. Primero alcanza un éxito pleno: el contenido de representación (*der Vorstellungsinhalt*) es rechazado y se hace desaparecer el afecto. Como formación sustitutiva hallamos una alteración del yo en la forma de unos escrúpulos de conciencia extremos, lo cual no puede llamarse propiamente un síntoma. Divergen entonces formación sustitutiva y formación de síntoma. También aprendemos algo sobre el mecanismo de la represión. Como lo hace dondequiera, esta ha producido una sustracción de libido, pero a este fin se sirve de la *formación reactiva* por fortalecimiento de un opuesto. La formación sustitutiva responde aquí, pues, al mismo mecanismo que la represión, y en el fondo coincide con esta; pero tanto en el tiempo cuanto en el concepto se aparta de la formación de síntoma. Es muy probable que la situación de ambivalencia en que se insertó el impulso sádico que debe reprimirse posibilite el proceso en su conjunto.

Esa represión inicialmente buena no resiste, empero; en el circuito ulterior, su fracaso se esfuerza resaltando (*sich vordrängen*) cada vez más. La ambivalencia, en virtud de la cual se había hecho posible la represión por formación reactiva, es también el lugar en el cual lo reprimido consigue retornar. El afecto desaparecido retorna mudándose en angustia social, en angustia de la conciencia moral, en reproches sin medida; la representación rechazada se reemplaza mediante un *sustituto por desplazamiento*, a menudo por desplazamiento a lo ínfimo, a lo indiferente. En la mayoría de los casos hay una tendencia inequívoca a la producción intacta de la representación reprimida. El fracaso en la represión del factor cuantitativo, afectivo, pone en juego el mismo mecanismo de la huida por medio de evitaciones y prohibiciones de que tomamos conocimiento en la fobia histérica. Pero el rechazo que pesa sobre la representación en cuanto a su ingreso a lo consciente se mantiene con tenacidad porque trae consigo la coartación de la acción, el aherrojamiento motor del impulso. Así, en la neurosis obsesiva el trabajo de la represión desemboca en una pugna estéril e interminable.

La pequeña serie comparativa que hemos presentado basta para convencernos de que se requieren indagaciones todavía más abarcadoras antes que pueda esperarse

penetrar en los procesos en que se entraman de manera íntima la represión y la formación de síntomas neuróticos. El extraordinario entrelazamiento de todos los factores que intervienen nos deja un solo camino para exponerlos. Debemos privilegiar ora un punto de vista, ora el otro, y perseguirlo a través del material todo el tiempo que su aplicación parezca sernos de provecho. Cada una de estas elaboraciones será en sí completa, y no podrán evitarse oscuridades allí donde ella roce lo no elaborado todavía; pero tenemos derecho a esperar que de la síntesis final resultará una buena comprensión.

LO INCONSCIENTE

III. SENTIMIENTOS INCONSCIENTES

...

"Opino, en verdad, que la oposición entre consciente e inconsciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante (*die Vorstellung, die ihn repräsentiert*). Ahora bien, tampoco puede estar representada (*repräsentiert sein*) en el inconsciente si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, no es sino por un inofensivo descuido de la expresión. No podemos aludir sino a una moción pulsional cuyo representante de la representación es inconsciente (*deren Vorstellungsrepräsentanz unbewusst ist*), pues otra cosa no entra en cuenta.

Creeríamos que la respuesta a la pregunta por las sensaciones, los sentimientos, los afectos inconscientes se resolvería con igual facilidad. Es que el hecho de que un sentimiento sea sentido, y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia. La posibilidad de una condición inconsciente faltaría entonces por entero a sentimientos, sensaciones, afectos. Pero en la práctica psicoanalítica estamos habituados a hablar de amor, odio, furia, etc., inconscientes, y aun hallamos inevitable la extraña combinación «conciencia inconsciente de culpa» o una paradójica «angustia inconsciente». ¿Tiene este uso lingüístico mayor significación aquí que en el caso de la «pulsión inconsciente»?".

....

IV. TOPICA Y DINAMICA DE LA REPRESION

...

"De las constelaciones que hemos discernido en la histeria de angustia, buena parte vale también para las otras dos neurosis, de suerte que podemos circunscribir su elucidación a las diferencias y al papel de la contrainvestidura. En la histeria de conversión, la investidura pulsional de la representación reprimida es transpuesta a la inervación del síntoma. En cuanto a la medida y a las circunstancias en que la representación inconsciente (*der verdrängten Vorstellung*) es drenada mediante esta descarga hacia la inervación, para que pueda desistir de su esfuerzo de asedio (*Andrängen*) contra el sistema Cc, será mejor reservar esa y parecidas cuestiones para una investigación especial sobre la histeria. El papel de la contrainvestidura que parte del sistema Cc (*Prcc*) es nítido en la histeria de conversión; sale a la luz en la formación de síntoma. La contrainvestidura es lo que selecciona aquel fragmento del representante de pulsión (*Triebrepräsenz*) sobre el cual se permite concentrarse a toda la investidura de esta última. Ese fragmento escogido como síntoma satisface la condición de expresar tanto la meta desiderativa de la moción pulsional cuanto los afanes defensivos o punitivos del sistema Cc; así es sobreinvertido y apoyado desde

ambos lados, como sucede en el caso de la representación sustitutiva (*Ersatzvorstellung*) en la histeria de angustia. De esta situación podemos inferir sin más que el gasto represivo del sistema *Cc* no necesita ser tan grande como la energía de investidura del síntoma; en efecto, la fuerza de la represión se mide por la conrainvestidura gastada, y el síntoma no se apoya sólo en esta, sino, además, en la investidura pulsional condensada en él que le viene del sistema *Icc*".

...

V. LAS PROPIEDADES PARTICULARES DEL SISTEMA *Icc*.

...

El núcleo del *Icc* consiste en representantes de pulsión (*Triebrepräsenzen*) que quieren descargar su investidura; por tanto, en mociones de deseo (*Wunschregungen*). Estas mociones pulsionales (*Triebregungen*) están coordinadas entre sí, subsisten unas junto a las otras sin influirse y no se contradicen entre ellas. Cuando son activadas al mismo tiempo dos mociones de deseo cuyas metas no podrían menos que parecerse inconciliables, ellas no se quitan nada ni se cancelan recíprocamente, sino que confluyen en la formación de una meta intermedia, de un compromiso".

...

Comentarios⁴

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), en relación a la pulsión señala: "Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*)⁵ psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan al alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal".

...

"Por *empuje* (*Drang*) de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa (*repräsentiert*). Ese carácter de empuje es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad; cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva". (A.E., XIV, 117-8; S.A., III, 85) (5).

⁴ Las remisiones, salvo aclaración, corresponden a O. C., Amorrortu editores (A. E.), Buenos Aires, 1978-85 y a Studienausgabe (S.A.), S. Fischer Verlag, Francfort del Meno, 1967-77.

⁵ En *Pulsiones* y en *Schreber* aparece la palabra alemana *Repräsentant*, cuya traducción literal, al igual que *Vertreter*, es representante. En *La represión*, en *Lo inconsciente* y en *Tres ensayos*, en cambio, utiliza el término *Repräsentanz*, derivado del latín, más abstracta que *Repräsentant*, que debe entenderse también como representante. Se trata de la función que desempeñan los *Repräsentanzen*: "la de ser puros representantes, y es indispensable que no entre en juego su significación propia. El término *Repräsentanz* debe tomarse en este sentido. El significante ha de registrarse como tal, está en el polo opuesto de la significación. La significación, por su parte, entra en juego en la *Vorstellung*" (J. Lacan, *El Seminario*, libro 11, ob. cit, págs. 228-9)

En *Schreber* (1911), también al referirse a la pulsión, utiliza el mismo término: «Aprehendemos la pulsión como el concepto límite de lo somático respecto de lo psíquico, vemos en ella el *representante psíquico* (*den psychischen Repräsentanten*)⁶ de los poderes orgánicos y aceptamos el distingo popular entre pulsiones yoicas y pulsión sexual, que coincide, nos parece, con la doble situación del individuo, el cual aspira tanto a su propia conservación como a la de la especie" (A.E., XII, 68-9; S.A., VII, 196).

En *Tres ensayos* (1905) comenta, en un pasaje que data de 1915: "Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que *el representante psíquico* (*die psychische Repräsentanz*) de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de afuera" (A.E., VII, 153, S.A., V, 76).

Conviene comparar estas tres afirmaciones con lo manifestado por Freud en el comienzo del capítulo III de *Lo inconsciente*, donde diferencia ambos conceptos: pulsión y representante de la representación (ver supra, pág.8).

En el *Esquema del psicoanálisis*, con la introducción del ello, sólo se trata de las pulsiones: "Llamamos *pulsiones* a las fuerzas que suponemos tras las necesidades del ello. *Representan* (*repräsentieren*) los requerimientos que hace el cuerpo a la vida anímica" (A.E., XXIII, 146; G.W., 17, 68).

En el *Diccionario de Psicoanálisis* de J. Laplanche y J.B. Pontaliz leemos que "la traducción de *Vorstellungsrepräsentanz* por representante de la representación iría en contra del pensamiento de Freud (ya que) la representación es lo que representa a la pulsión y no lo que sería a su vez representado por otra cosa" (Labor, España, 1971, pág.389).

No obstante, ambos autores reconocen "que Freud no utiliza el término representante del afecto que podría crearse por simetría con el de representante-representativo" (así traducen al representante de la representación).

Sin embargo, para Freud, la oposición entre consciente e inconsciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. Pues "una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante". (*Lo inconsciente*, A.E., XIV, 173).

Por una parte, "esto no es simplemente *Vorstellung* sino, como Freud lo escribe en su artículo *Lo inconsciente*, *Vorstellungsrepräsentanz*". Vale decir, "lo que hace de la *Vorstellung*, un elemento asociativo, combinatorio. Por esta vía, el mundo de las *Vorstellung* ya está organizado según las posibilidades del significante como tal. Ya a nivel del inconsciente esto se organiza según... las leyes de la condensación y el desplazamiento". (J. Lacan, *El Seminario*, libro 7, *La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs.As., 1988, pág.78).

⁶ Ídem.

Freud agrega, en el capítulo II de *Lo inconsciente*, tal vez introduciendo cierta ambigüedad, que "tampoco en el inconsciente puede estar representada (la pulsión) si no es por la representación". Pero inmediatamente escribe: "entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconsciente o reprimida ... no podemos aludir sino a una moción pulsional cuyo representante de la representación es inconsciente (aquí la representación vale como puro representante que se modula según las leyes combinatorias del funcionamiento de la cadena asociativa), pues otra cosa no entra en cuenta" (Idem).

Vale decir, "Freud pone el acento en el hecho que la represión -una moción pulsional reprimida- se ejerce sobre algo que pertenece al orden de la representación", (J.Lacan. *El Seminario*, libro 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs.As., 1986, pág.225), pero que, como acabamos de señalar, denomina *Vorstellungsrepräsentanz*. Lo reprimido no es la significación, lo representado, vía deseo, de la pulsión, sino el representante que hace cadena con otros representantes.

Por otra, subraya, a continuación, en dicho cap.III de *Lo inconsciente*, que no es, en absoluto, el afecto lo que está reprimido: "la posibilidad de una condición inconsciente falta... por entero a sentimientos, sensaciones, afectos".

No obstante, "en la práctica analítica estamos habituados a hablar de amor, odio, furia, etc., inconscientes, y aun hallamos inevitable la extraña combinación *conciencia inconsciente de culpa* o una paradójica *angustia inconsciente*.

¿Tiene este uso lingüístico mayor significado aquí que en el caso de la *pulsión inconsciente*", cuando aun falta introducir, con la segunda tópica, el ello?

No lo tiene pues aquí se trata del representante de la representación.

En cuanto a la represión primaria representa la ausencia de la representación o, lo que es lo mismo, la ausencia del representante: "representa mi representación allí donde ella falta, donde no soy más que una falta de sujeto. De allí el término de Freud de representante de la representación" (J.Lacan, *La equivocación del sujeto supuesto al saber*, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Bs.As., 1987, pág.30).⁷

⁷ (Para uso de la asignatura "Psicoanálisis: Freud", cátedra II, Titular: Juan Carlos Cosentino).